

Xavier Besalú, GI
un profesor de Magisterio

¿Cómo lo vemos?



De pequeña **Gloria** ya apuntaba lo que sería su verdadera vocación: maestra de religión.

¿CÓMO LOS VEMOS?

Estoy todavía bajo los efectos taumatúrgicos, esclarecedores, proféticos, divergentes, de un estupendo texto que me ha regalado mi amigo Pepe Contreras¹ y que, creo, puede arrojar algo de luz al tema que nos ocupa.

A los *nuevos maestros*, a los *futuros maestros* y *maestras*, los que ya no somos nuevos, los que ya tenemos más pasado que futuro como docentes, los vemos, reconocámoslo, con extrañeza. Son el *otro*: la distancia, hoy día, puede ser más honda y profunda entre un joven y un adulto, habitantes ambos de un mismo entorno social y cultural, que entre dos jóvenes o dos adultos criados en contextos bien distantes.

Nuestra percepción de ese *otro* no es en absoluto neutral, mediatizada como está por nuestra historia, por nuestras capacidades e incapacidades y, en consecuencia, hacemos conscientes de esta extrañeza, de esta distancia, de esta incompreensión, constituye un acto de humildad, y hasta de lucidez, para intentar aceptar, entender y dialogar en pie de igualdad con estos *nuevos maestros*.

Debemos educar nuestra mirada, renunciando a ver a las personas como categorías, no dejándonos condicio-

nar por los supuestos o las apariencias, abandonando lo que sabemos (por propia experiencia o por lecturas interpuestas) o lo que creemos saber. Porque cada persona es distinta y, si no suspendemos los juicios, las expectativas, los diagnósticos, acabaremos por no tener en cuenta que nuestro interlocutor, esta *nueva maestra*, es alguien con una biografía y una identidad que la hacen única.

Disponemos de múltiples investigaciones e informes de todo tipo, cuantitativos y cualitativos, sociológicos y antropológicos, sobre los jóvenes de hoy y, más específicamente, sobre los jóvenes universitarios o sobre esos *futuros maestros*. Un saber a tener en cuenta, faltaría más, pero un relato que en ningún caso debe convertirse en un impedimento o una restricción para ver a estas personas íntegramente, al completo, con todos sus recursos y posibilidades, con sus circunstancias y condicionamientos. Dejando a un lado lo previsible, afinando los sentidos, no interponiendo nuestros *a priori* o nuestros *saberes sabidos* a algo que es vivo, desconocido y hasta puede que misterioso, pero henchido de fuerza y lleno de potencialidades insospechadas.

Ante esas *nuevas maestras* lo que cabe por nuestra parte es disponibilidad, apertura, simpatía (en el doble sentido etimológico de la palabra: atracción/compasión), sin renunciar, por supuesto, a sugerir, a proponer, a hacer con, a dar comienzo a, a compartir, a colaborar en... Porque, digámoslo claro, nuestra trayectoria como generación no nos avala en absoluto; porque, como dijo el filósofo, los jóvenes encarnan, con trazos gruesos, los valores sociales hegemónicos y prioritarios; porque algo tendremos que ver en que las cosas de la educación estén como están. No estamos, pues, en condiciones de dar demasiadas lecciones, más bien podemos ser uno más en la tarea de enderezar lo que se torció y de propiciar un presente y un futuro menos desigual e ineficaz, más justo y razonable.

¿CÓMO LO VEN?

La verdad es que siempre lo he pasado bien en las clases, pero lo cierto es que estos últimos años, más que pasarlo bien, las disfruto, las deseo, son momentos de una gran excitación, de una intensidad y un enriquecimiento difíciles de explicar. Algunas de ellas las comparto con estudiantes de primero de magisterio. Me fascinan los estudiantes que acaban de llegar a la universidad, llenos de proyectos, de ilusiones, de expectativas hacia una institución que conserva un cierto halo religioso que el tiempo, el profesorado y la propia institución ya se encargarán, desgraciadamente, de despejar.

Rebosantes de juventud y de alegría, desconocedores, en muchos casos, de la profesión, más allá de los que han experimentado y vivido en sus propias carnes, que es

¹ J. Contreras, 2008, Percibir la singularidad, y también las posibilidades, en las relaciones educativas ¿Una pedagogía de la singularidad?, Texto preparado para el curso *Pedagogías de las diferencias*, FLACSO, Argentina (documento policopiado)

Todos tendríamos que hacerles caso a los profes novatos. Llegan a las escuelas y a los institutos de mil maneras y los esperan miles de niñas y niños, de adolescentes y jóvenes que les van a hacer sufrir alguna vez y, otras muchas, van a darles grandes satisfacciones y alegrías.

¿CÓMO LO VEN?



mucho y, a veces, más que bien sedimentado, petrificado. Dispuestos a penetrar en los espacios que abrimos, a indagar en los caminos que avistamos, a trabajar, en algunos casos, mucho más de lo estrictamente necesario, a abrirse a nuevos mundos, a dejarse llamar...

El primer trabajo que les propongo es justamente el de viajar, no con nostalgia, sino con ojo crítico, por el itinerario formativo que les ha conducido hasta los estudios de magisterio, entendiéndolo por formación todo aquello que ha dejado poso en su personalidad, todo aquello que juzguen ha contribuido a conformar su identidad, su pensamiento y sus valores, con lo cual el protagonismo es compartido por la escuela, la familia, los amigos y, en muchos casos, por las actividades desarrolladas en su tiempo libre. Y, en una segunda parte, después de este recorrido vivencial, les pido que reflexionen y pongan por escrito, de forma breve, sus creencias y deseos en torno a la educación para los tiempos que vienen y en torno a las cualidades que consideran primordiales en el ejercicio de la docencia, de la profesión de maestra.

Los testimonios que vienen a continuación corresponden a los trabajos realizados por estudiantes de

primero de magisterio de este curso 2008-09, en la universidad de Girona. Es sólo una muestra (incompleta por muchas razones, una de ellas que todavía me quedan unos cuantos por leer), pero creo que suficientemente ilustrativa.

“Una maestra, la señorita María, hizo entrar a un niño de 3 años en nuestra clase con los calzoncillos meados en la cabeza e hizo que le cantáramos “la vergüenza del colegio”. La mayoría de los niños rieron, yo lloré. Tuve muy claro lo que no debía ser un maestro: cruel y humillador.

Un buen maestro ha de ser autocrítico. Pensar que tiene todo el saber en su poder y la respuesta para todo es un concepto completamente equivocado.

El maestro ha de ser afectuoso. Algunos niños no oyen una palabra amable ni reciben ningún gesto afectuoso en todo el día. Es primordial que el maestro quiera a todos sus alumnos y sea, además, capaz de demostrarlo.

Tengo grandes esperanzas en el futuro. Siempre he tenido una verdadera vocación para esta profesión y creo que es una de las más gratificantes que hay y una de las que más responsabilidad exige. Tener en mis manos la posibilidad de ayudar a crecer y formar a una persona da miedo, pero a la vez resulta excitante tener un reto de estas dimensiones. Creo en las ganas que tienen mis compañeros de marcar la diferencia en el mundo de la enseñanza (Josefina G.).

Tengo una visión bastante clara del tipo de maestra en el cual no me quiero convertir: una que usa metodologías obsoletas, que sólo tiene interés por imponer.

Al inicio se imponía una imagen de un maestro tirano, al que se le temía. Hoy por hoy no es eso lo que quiero ser en el aula. Quiero tener seguridad para poder inspirar confianza en mis alumnos, ayudarlos a mejorar su autoestima para que puedan acercarse a mí sin miedos. De la misma forma, darles libertad, con la que aprendan que sus decisiones tienen consecuencias de las que han de hacerse responsables. Quiero que se sientan incluidos en la clase y no como si fueran materia inerte que debe registrar la información en su disco duro para nunca más usarla.

Mis objetivos no son tan difíciles de alcanzar; deseo que en la práctica pueda ser capaz de materializarlos (Ivonne D.F.).